

## **El continentalismo americano y la sociedad global**

### **Capitalismo y democracia en la transición**

*Jorge Bolívar*

Una de las cuestiones fundamentales que acompañan a la idea y a la posibilidad de un “nuevo orden mundial” es la de los megaespacios. Globalización y megaespacios son dos términos de uso político reciente y creciente. Los argentinos, en particular por la difusión de la cultura peronista, nos hemos acostumbrado desde hace más de treinta años a hablar de regionalismos o de continentalismos americanos.

El megaespacio regional y continental plantea un “orden” de reflexión que informa y conforma a la cuestión, pero es un ordenamiento diferenciado del que habitualmente estamos acostumbrados a escuchar. Tiene una sustancia político-espacial que integra el obrar económico y técnico, pero que no se le subordina totalmente. Tampoco es sirviente de las lógicas-ideológicas, liberales y/o socialistas, que predominaron en el siglo que vamos dejando atrás.

### **1. El “orden” del capitalismo y la democracia**

Cuando el líder polaco Lech Walesa debe definir la esencia del “nuevo orden” dice: “es la democracia más la libertad económica”.

Pero esta definición plantea algunos problemas conceptuales. La mundialización del capitalismo y la democracia no constituye en rigor de verdad un orden nuevo. Era una de las dos formas del bi-polarismo de la guerra fría que triunfa al decaer y luego destruirse el ordenamiento del socialismo y la dictadura burocrática del P.C. que predominaba en la URSS y en sus satélites. Además de no ser esencialmente nuevos, estos conceptos están específicamente referidos todavía a los espacios nacionales en los que se expresa y para los cuales tiene

*sentido político verdadero*. ¿Qué significado tendría hablar de “democracia mundial”? Solo que todas las naciones del mundo van adoptando un sistema institucional democrático-representativo. ¿Podríamos decir que los Estados Unidos, la Comunidad Europea o la propia mancomunidad postsoviética tienen una relación democrática con Perú, Albania o Afganistán? Tal calificación sería a todas luces inexpressiva. Tomado en una perspectiva global el mundo tiene hoy el aspecto de un “pluralismo aristocrático” u “oligárquico” –como lo denominó Hanna Arendt–. Las Naciones Unidas y en particular el Consejo de Seguridad, no permiten pensar todavía en una relación democrática entre naciones o regiones –con un esquema de igualdad de derechos y oportunidades–.

Si como dice Walesa, los signos del “nuevo orden mundial” son la democracia y el capitalismo (concebido como en la “Centesimus Annus” como Economía de Mercado y de libre empresa) tenemos que aceptar primero que, filosóficamente, este ordenar no es nuevo y su carácter de novedoso consistiría precisamente en la extensión a todas las naciones del mundo (o a la mayor parte de ellas) de las formas de la democracia representativa y de la economía de mercado. Si esto es así, sólo habría novedad para aquellos países que han vivido bajo el signo de las más diversas formas de dictaduras o de economías planificadas estatalmente o con mecanismos predominantes de estatismos y proteccionismos de Estado.

Mantenerse sólo en esta apreciación es cerrar los ojos a los signos de cambio existentes en el mundo que son los que en definitiva van a permitirnos visualizar el orden y el desorden de *las nuevas relaciones de poder* que están en juego.

Al aceptar que la desarticulación de la URSS y consiguientemente la pérdida momentánea de su rol de gran potencia, y la reunificación de Alemania son hechos nuevos que alteran la relación de fuerzas de la sociedad planetaria al finalizar el siglo, se está dando un gran paso para pensar las nuevas perspectivas de poder. Pero no debe extraerse de ello definiciones apresuradas. Nada va a permanecer en su estado actual. Todo tiende, y en forma cada vez más acelerada, a producir mutaciones de poderíos nacionales e internacionales.

Incluso si viéramos la democracia y el capitalismo, triunfantes en relación al anterior orden mundial bi-polar (capitalista-socialista), como el único dato de la actualidad, deberíamos reconocer que mientras el segundo plantea la globalización sobre la base del Mercado Mundial (y por tanto una acumulación de capitales que trasciende largamente los marcos y las regulaciones del Estado Nacional), la primera ofrece la mundialización sólo a través de democracias nacionales en Estados que van perdiendo, por la propia globalización del capitalismo, la posibilidad de distribuir y socializar entre sus pueblos la acumulación del capital que se genera en su espacio nacional. La democracia social se distancia hasta volverse ajena en parte al orden tecno-económico transnacionalizante. De manera que si nos limitáramos como Walesa a decir que el nuevo orden es la democracia y la libertad económica, pensando que esto constituye el núcleo de un mundo orgánicamente estable, estaríamos perdiendo de vista la novedad que en el juego de las relaciones de fuerza produce este triunfo mundial del capitalismo y la democracia. Este triunfo histórico, visible al terminar el siglo, ofrece en el mismo momento de su mundialización perspectivas diferenciadas y, hasta, encontradas. Mientras la globalización mundial capitalista *tiende* a la transnacionalización creciente y competitiva del poder económico, la democratización mundial *sólo se expresa*, por ahora en términos nacionales, debilitando ambos juegos en su desenvolvimiento, al Estado nacional que ha abastecido y posibilitado en este siglo, tanto el triunfo de las formas de la economía de mercado, como la vigencia de las formas de la democracia representativa.

El mercado mundial y la democracia nacional no ofrecen directamente, al ampliarse en forma planetaria, una posibilidad de orden estable y armónico. Más bien plantean la perspectiva de un potencial desorden. ¿Qué formaciones de soberanía responderán a esta desinteligencia interior que tenderá a ampliarse a medida que el juego se mundialice, sobre todo en los países que no hayan alcanzado el rango de potencias internacionales? Esta cuestión, eludida por casi todos los analistas, constituye, en términos de poder, la principal cuestión del orden al que se da ya por constituido y estable. De la extensión mundial, del

capitalismo competitivo transnacional y la democracia nacional, surgen, por igual, nociones de orden y desorden. Parecen faltarnos elementos para poder pensar el problema del “nuevo orden” desde perspectivas políticas mundiales. Los centros de soberanía, seguridad y autoregulación que expresen los sentidos y desafíos nuevos no están todavía definidos. Los núcleos de decisión de la voluntad de poder para el siglo XXI no muestran aún un carácter homogéneo e isomórfico.

## 2. El Estado Nacional como núcleo de decisión colectiva

El núcleo de decisión colectiva más importante del siglo XX ha sido el Estado Nacional. Aun las grandes guerras internacionales se han planeado y dirigido desde el dominio de estos núcleos. El principal Sujeto Histórico en nuestro tiempo no ha sido ni el Proletariado ni la Burguesía, ni la praxis descolonizante de los Pueblos del Tercer Mundo. Ha sido el Estado Nacional. Hoy, en términos de poder, asistimos al juego de su progresivo debilitamiento. No a su desaparición sino, más bien, a un descentramiento político. Durante trescientos o cuatrocientos años el Estado Nacional y sus regulaciones legales fueron el centro de fuerzas donde las voluntades de poder jugaron su destino en forma predominante. Su construcción, conformación, defensa y conquista, constituyó durante varios siglos el aspecto más energético y vital de los mecanismos del poder.

En este juego no siempre se ha prestado una atención privilegiada a la cuestión del espacio nacional. Se suele hablar más bien de pueblos o de sociedades; rara vez de espacios, de lugares, de topos. Sin duda, en el momento de su culminación orgánica, el Estado como centro de soberanía y de decisiones soberanas ha tendido a absorber las otras dos patas del trípode del poder moderno: la población y el territorio. Esto no fue así inicialmente. Las luchas por conquistar o defender tierras y definir fronteras corren paralelas a la voluntad de subordinar feudos, principados y ciudades independientes en los mecanismos de una soberanía común. En Hobbes, Richelieu o Hegel –cada uno en su estilo– esta presencia del espacio nacional y de su integración orgánica a un solo poder o a un solo centro de decisiones soberanas, resulta por demás evidente. El Estado

Nacional, a través de un largo proceso, consigue finalmente el monopolio de la fuerza. Tanto la del derecho con sus regulaciones jurídicas, como la militar y policial destinadas a hacerlo cumplir. De manera que el debilitamiento –en términos políticos– del Estado Democrático Nacional nos abre la puerta de un desorden novedoso. Nuestros mecanismos y nuestros modos de centralizar y corporizar poder se han ficcionalizado y, en muchos casos, esclerosado.

¿Dónde están los centros de soberanía desde los cuales las voluntades de poder van a jugar los destinos del mundo con sus decisiones? En Latinoamérica constatar la debilidad de los Estados Democráticos resulta una obviedad. Están en pleno proceso de ajustes y achicamientos porque habían ido más allá de sus posibilidades de poder y procuran reducirse a lo elemental con el objeto de conservar un campo acotado de regulación nacional en vista más bien a la participación en la globalización que a la defensa de lo propio. El bloque de naciones comunistas está en un profundo proceso de reversión con evidentes muestras de inestabilidad orgánica; de manera que nadie parece estar en condiciones de vaticinar lo que en esos países puede ocurrir, debido a la rápida destrucción de sus formas político-decisionales. Están evidentemente más cerca del desorden que del orden y siempre en un rango de poderío internacional notoriamente descendido. La Comunidad Europea, uno de los regionalismos más orgánicos y mejor integrados, muestra, por un lado, el panorama político de Estados Nacionales que han perdido múltiples posibilidades de poder nacional y, por el otro, instituciones políticas comunitarias regionales que no terminan de conformarse ni de conseguir una presencia gravitante en el despliegue de la sociedad planetaria. En muchos sentidos, Europa en cuanto horizonte de poder, se encuentra hoy más cerca del proteccionismo que de la globalización abierta y competitiva y en un estado latente de regresión en su experiencia *megaespacial-política*.

La Comunidad Europea no termina de constituirse en uno de los grandes centros de soberanía de nuestro tiempo, pero ofrece, como contrapartida, la potencialidad alemana reunificada. Aunque allí la potencialidad es de carácter

más nacional que europea y deberán producirse todavía algunas mutaciones culturales para que lo alemán y lo europeo se conjuguen en la expresión de un mecanismo de poder mundial. El único centro de soberanía visible a nivel planetario es el Estado democrático norteamericano que expresa el juego de fuerzas de la superpotencia que ha quedado en pie al término de la Guerra Fría, pero su presencia es objeto del mismo disloque funcional que el “nuevo orden” mentado por Walesa, ya que los EE.UU. constituyen justamente el centro simbólico de ese mundo. Mientras la globalización capitalista es transnacional y en muchos sentidos deteriora crecientemente algunos intereses vitales de la Unión, su Estado democrático es nacional y el uso de sus poderosas fuerzas militares en otras regiones del mundo no constituyen juegos de soberanía fáciles y automáticos por esa misma causa. Tiene razón Henry Kissinger cuando en sus artículos sobre la Guerra del Golfo dice que nuestros conceptos de soberanía son del siglo XVIII y están anacrónicos, pero no parece reconocer igualmente que nuestros mecanismos y formas de poder, en los cuales el juego de la soberanía se expresa, tienen más de dos siglos. No están concebidas para gobernar un espacio planetario, sino uno estrictamente nacional. Japón y las potencias asiáticas que imitan su despliegue productivo, aparecen en óptimas condiciones para el juego de la globalización capitalista, pero si la lucha competitiva por el predominio del mercado mundial deteriorara a los Estados Unidos en su figura básica de centro del orden mundial, ¿Quién protegerá y afirmará política y militarmente los intereses económicos orientales?

La siguiente enumeración no está destinada a pintar un futuro negativo, ya que no es esa justamente la idea, sino, más bien, a dibujar los perfiles de un futuro incierto, que no es lo mismo. Por otro lado, procura focalizar la cuestión de *los centros de soberanía mundiales* que pueden responder, desde el juego de la voluntad, a los múltiples desafíos del presente *expresando un orden político*, es decir una jerarquía de certezas y seguridades nuevas y más o menos dominantes para un mundo tecnoestructuralmente cada vez más global. Este es, en lo profundo, el verdadero desafío del fin de siglo.

### 3. El postnacionalismo

Si colocamos nuestra mirada en la cuestión de las formaciones de soberanía en la que pueda efectivizarse y jugarse una voluntad de poderío planetario, encontramos, por un lado, que el poder nacional –incluso el más centralizado de ellos, el estatal– está resultando demasiado pequeño en su dominio como para responder a las exigencias de una planetarización política acelerada que acompañe a la globalización técnica y económica. Por otra parte, no se advierte que mundialmente existan poderes capaces de “gobernar la tierra como un todo”<sup>1</sup> tal cual lo pensaba Nietzsche a fines del siglo pasado. Las Naciones Unidas son, en el mejor de los casos, un parlamento mundial. Pero no tienen verdadera ejecutividad. Una alianza concreta de grandes potencias reunidas en el Consejo de Seguridad permite operar en algunas regiones de la tierra, pero la Guerra del Golfo demostró que son ocasiones bastante excepcionales y la iniciativa no fue del Consejo si no de los EE.UU. La misma alianza no ha podido poner orden en Yugoslavia y tendría pocas oportunidades de actuar en una conmoción interna en las repúblicas soviéticas, o en otras regiones álgidas de la tierra. La idea más imperial de que los EE.UU. asuman un rol activo de policía mundial, choca no sólo con la oposición de muchos países, sino con el juicio adverso de buena parte de la opinión pública americana, la Guerra del Golfo sirvió también para demostrar que, económicamente, la Unión no parece estar en condiciones de financiar un despliegue planetario de sus fuerzas militares. De manera que prevalece en la superpotencia norteamericana más bien la idea de actuar sólo cuando intereses vitales de su país estén en juego.

Se hace cada vez más visible, al terminar el siglo, *que la idea de poner orden en el mundo*, gobernando o intentando gobernar los múltiples e incesantes problemas que van produciendo la competencia económica ampliada, la incondicionada investigación técnico-científica, el deterioro ecológico y los incesantes conflictos nacionales y regionales que se reciclan en distintos lugares de la tierra, no está madura ni cercana. Las Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad, los EE.UU. y algunas grandes potencias económicas, pueden mediar –según los casos– en ciertos problemas de soberanía y de regulación político-

administrativa planetaria, pero pareciera que estamos lejos de la globalización política, a pesar de ciertas ilusiones liberales del “fin de la historia”.

Es justamente en esta brecha entre una soberanía nacional declinante y una soberanía mundial inexistente que aparece la figura política –y ya no solo económica– de los megaespacios o de los regionalismos y continentalismos como los llamaba Perón.

El líder justicialista estima en su “Modelo Argentino” de 1974 que “el mundo del futuro se está orientando hacia formas nuevas, en virtud de las cuales, ya no tendrá sentido analizar los problemas como exclusivamente nacionales”<sup>2</sup>. Si bien estas “formas” reconocían su relación con “el progreso de la ciencia y la técnica”, con la “expansión demográfica” y con el “despliegue de la actividad económica en el nivel regional e internacional” (condicionantes éstos de una “evolución general de la humanidad”), estaban referidas a “espacios de vecindad geográfica” sostenidos por un “marco de *continentalización política*”. Poco tiempo antes, en su mensaje de Argelia de 1973, había afirmado, no sin audacia: “Ayer fue la época de las nacionalidades, hoy es la época del continentalismo”<sup>3</sup>. En este aspecto, las citas fragmentarias permiten visualizar, en medio de otros textos más apegados a la retórica dominante en los años 60 y 70, esta apertura de Perón hacia las “formaciones de soberanía continental”. Como el ex-presidente argentino era un pensador político, dibujaba el horizonte de “nuevas formas” institucionales destinadas, en lo esencial, no tanto en favorecer el comercio y la producción mundial, tema que le interesaba secundariamente y con una visión escasamente “capitalista”, si no para preservar el ámbito ecológico, para combatir el hambre y la miseria de vastos sectores del mundo, para enfrentar el agotamiento de los recursos naturales no reproducibles y, particularmente, para impedir que la etapa universalista quedara en manos de los grupos más poderosos o de las naciones más fuertes y desarrolladas, desvirtuando el juego de la evolución global de la humanidad. Su continentalismo no era, en lo básico, simple integración económica, aunque no renegara de ella. Ofrecía, más bien, la idea de un “cuerpo superior”. Más grande tanto en el número de poblaciones abarcadas, como en la



magnitud de los territorios integrados en esas “nuevas formas políticas”, ya no nacionales, sino continentales de tipo confederativo.

El espacio regional y continental resulta así intermedio entre el espacio nacional y el espacio mundial. Los organismos supranacionales previstos por Perón, reitero, nos acercan a las modernas teorías de los megaespacios, pero no ya desde una perspectiva predominantemente económica. Ellos ofrecen, como horizonte, un poder continental más grande y fuerte que el poder nacional. Incluso la perspectiva puede pensarse desde cierta lógica organicista evolutiva nietzscheana: “es la historia que se hace sensible al hecho de que se forma un cuerpo superior. El organismo pasa a grados superiores”<sup>4</sup>, intuía Nietzsche a fines del siglo pasado.

Este post-nacionalismo, tiene una lógica semejante a la del post-industrialismo y a la de ciertas interpretaciones del posmodernismo. Así como el post-industrialismo integra a los sectores industriales, pero dándoles un espacio más reducido y subordinado de poder (a la manera como la economía industrial subordinó reduciendo la participación de la producción agraria en la economía); así como el pos-modernismo devalúa y re-jerarquiza lo moderno, sin anularlo ni destruirlo del todo, así el continentalismo post-nacionalista reduce el poder de lo nacional, integrándolo a una perspectiva más vasta y abarcante; todavía en formación, pero visiblemente más poderosa. Respeta y defiende el nacionalismo culturalmente, pero lo integra políticamente en un espacio superior.

Aún incompleta, la experiencia de la Comunidad Europea permite advertir qué distinto sería el poderío aislado de las naciones del viejo continente –en particular de las más pequeñas– si no estuviera el juego colectivo continental sosteniéndolas como realidad económica, pero también como potencialidad política. Incluso la propia Unión Soviética debe verse como un continentalismo ideológico imperial que, al deshacerse, enseña todo el poder perdido. Pueden plantearse hoy –en el momento de su formación– las dificultades de todo tipo con las cuales se tropieza para articular estos megaespacios en

forma más estructurada y orgánica que la de la pura vecindad más o menos coordinada. Tampoco la construcción política de los espacios nacionales fue un proceso fácil y automático. Tuvo, y aún sigue teniendo, múltiples alternativas desintegradoras como posibilidad. Pero la experiencia demuestra que cuando estas conformaciones comunitarias y colectivas se afianzan en ciertos lugares del planeta, tienden a reproducirse en otros y a expandirse de manera más o menos rápida. Algo semejante al juego reproductivo de las corporalidades biológicas.

La conformación política de los espacios nacionales mostró esta perspectiva en un proceso, lento y costoso al principio, y, luego, sostenido y constante. Así se formaron las nacionalidades políticas. Ellas fundían pueblos, espacios territoriales determinados y estamentos de unificación institucional y orgánica. En el siglo XIX ya estas "corporalidades colectivas" tenían una presencia dominante en buena parte del planeta.

Las causas de la unificación política fueron diversas; pero en todas las naciones hubo un proceso de unificación organizativa que dio –desde una perspectiva espacial– frutos semejantes. La monarquía fue la fuerza más significativa de la unificación en Europa. Francia es una nación arquetípica en este sentido. Este juego de voluntades unificantes en Inglaterra, en cambio, pasó más por el Parlamento que por la Corona. El Federalismo republicano fue el principal factor de unificación en los EE.UU. después de la revolución, en tanto en América Latina la fuerza básica de formación de nuevas naciones fue el proceso de independización de España.

En la época moderna, pueblos fueron finalmente aquellos que llenaron –por así decirlo– un espacio nacional con una voluntad política unificante. En este gigantesco proceso hubo nacionalidades que hicieron experiencias más ricas y orgánicas que otras. Como en todo acontecimiento histórico vital, el antiguo enigma griego de lo Mismo y lo Otro se reiteró, dando, en lo concreto, sólo Otros. La diferencia nacional fue el signo de la mismidad de las formas del Estado Nación, en su despliegue planetario. Algunas nacionalidades no lograron cuajar en la perspectiva moderna. Tomemos un caso que nos llega de cerca.

En términos existenciales y antropológicos puede llamarse “pueblo” a los guaraníes que habitan parte del Paraguay, del Brasil y de la Argentina, pero no les cabe técnicamente el término de “nacionalidad” moderno, ya que no supieron o no pudieron encontrar plenamente un espacio territorial en el cual expresar su voluntad colectiva singular.

A muchos pueblos les costó siglos entrar en este juego del espacio nacional unificado políticamente. Incluso inventaron formas aparentemente unificadoras para no hacerlo. La Alemania criticada por Hegel hacia 1802 era un ejemplo claro de esta perspectiva. George Sabine, al estudiar a Hegel políticamente, subraya con acierto como el filósofo alemán intentaba en su época desbaratar este juego, totalmente convencido de que Francia e Inglaterra habían alcanzado Estados más centralizados, orgánicos y poderosos. Trataba pues de incentivar en su patria juegos nacionales parecidos; lo que revela el carácter incitador que tiene el ejercicio de este tipo de poderes colectivos. Una perspectiva que los megaespacios regionales y continentales pueden volver a repetir. ¿Si Europa –con Alemania al frente– se constituyera al finalizar el siglo en una unidad política esencial, recuperaría gran parte de la centralidad simbólica que hoy parece detentar los EE.UU.? Cuanto más grande es el espacio planetario consolidado por un orden político soberano efectivo, más poderío se acumula y expresa. Esto es lo que Hegel vio con claridad en relación al espacio nacional del siglo XIX. “Su” imperio alemán era en realidad más débil que la Nación francesa. Sabine entiende que “Hegel encontró justamente la causa de la debilidad del imperio alemán en el particularismo y el provincialismo”<sup>5</sup> El juego de la soberanía para Hegel era claro. La parte no terminaba de subordinarse al todo. “El imperio no tiene poder, salvo el que le otorgan las partes y la constitución existente no tiene otro fin que mantener al Estado débil. Las ciudades libres, los príncipes independientes, los patrimonios, los gremios y las sectas religiosas siguen su propio camino absorbiendo los derechos del Estado y paralizando su acción”<sup>6</sup>. Esta era la cuestión: la debilidad.

El pensamiento político más trascendente, ha pensado en términos de orden, de seguridad y de libertad, afirmada y restringida a la vez, por derechos

y regulaciones legales. Pero también ha reflexionado en orden a la debilidad o la fortaleza. La mención sobre Hegel sirve para diversas conclusiones: la primera revela como la afirmación política del espacio nacional en su momento de formación y consolidación fue un proceso político y cultural que demandó enormes energías y voluntades afirmativas y creadoras. No fue ni fácil ni automático. La segunda experiencia que puede extraerse muestra de qué manera era percibida la fuerza que otorgaba la unificación política por aquellos que se sentían débiles, sin un dominio político efectivo sobre los territorios y espacios ocupados por su singularidad racial y cultural. Una última conclusión ya de tipo analógica: las iglesias, los feudos y ciudades independientes, donde se habían establecido y conformado las formas medievales del poder, comenzaron a ser desbordados por la constitución de cuerpos superiores que los arrastraban a su juego. Los más fuertes de aquellos tardaron mucho tiempo en ceder, pero finalmente, de una u otra manera, terminaron integrando el juego político-cultural-económico del espacio nacional que organizó el “orden metafísico de los pueblos” del siglo XX, con sus respectivas voluntades colectivas.

De una manera también analógica reflexiona el catedrático español Manuel Medina cuando estudia el despliegue del continentalismo europeo. Se pregunta “si no estaremos ya entre una nueva forma de organización política, *la del bloque de potencias*, que, manteniendo la estructura jurídica del Estado Nacional, ha ido reemplazando de hecho a éste o lo ha convertido en entidad subordinada, a la manera que el Estado Nacional subordinó a las ciudades y entidades feudales a comienzos de la Edad Moderna”<sup>7</sup>.

Pensar analógicamente a la formación del espacio nacional, con sus respectivos juegos de soberanía, ayuda a pensar los desafíos que nos plantea la constitución de megaespacios regionales y continentales. Incluso las experiencias continentalistas en su fracaso deben servirnos también de estímulo en la exploración cultural y política de estas perspectivas de “nuevo orden” que, al mediar entre lo puramente nacional y lo puramente mundial, remodela el orden divergente de las dos grandes tendencias triunfantes al fin del siglo: la

globalizante y transnacional de la técnica y la economía y la nacionalizante y regional de las democracias estatales.

En este sentido no debe dejar de consignarse que las ex-repúblicas socialistas intentaron de hecho un continentalismo ideológico fuertemente centralizado que no funcionó. Los pueblos árabes –también sin conseguirlo en lo esencial– vienen procurando distintas formas de regionalismos de base cultural y religiosa. Son los europeos, los que ostentan hoy la experiencia más integrada surgida de la debilidad de la zona en la posguerra. Sin embargo, ya cerca de la constitución global del megaspacio, nos asaltan dudas sobre su concreción plena. ¿Podrán los europeos expresar una voluntad colectiva más grande y poderosa que la actualmente existente? Todavía no está clara la respuesta. Pero lo digno de destacar es que, ni el fracaso del comunismo, ni el debilitamiento del pan-arabismo, ni las lógicas dudas europeas, permiten pensar en contra de las posibilidades de poder ínsitas en los megaspacios de integración económica y cultural. El impulso de evolucionar hacia formas de poderío más grandes, superiores a las conocidas, está instalado desde nuestros orígenes misteriosamente en los juegos políticos y sociales de los hombres y de los pueblos del mundo. Y si no, bástenos ver nuestro largo –y a veces penoso– derrotero de milenios, desde los clanes familiares a las naciones modernas. Siempre una demanda de mayor integración y convergencia, siempre una demanda de más fortaleza y poder. En ese antiguo y persistente “querer ser más fuerte”, Nietzsche encontró el último –y quizás el único– sentido del “juego del mundo”<sup>8</sup>. Con una perspectiva diferenciada con relación a lo trascendente, Teilhard de Chardín también experimentó en el medio de las dos grandes guerras mundiales una parecida seducción por la integración en bloques de las nacionalidades en su camino hacia un universalismo final: “La humanidad –pensaba– después de haber cubierto la tierra con un tejido viviente socializado, está en trance de anudarse a sí misma, racial, económica, política y mentalmente, con una rapidez y precisión constantemente aceleradas. Irresistiblemente el mundo humano se ve arrastrado a formar bloque, converge sobre sí mismo”<sup>9</sup>.

#### 4. El megaspacio americano como voluntad de poder

Sería un error considerar estas exploraciones que abren la puerta a nuevas formas de soberanía para el siglo XXI, de manera facciosa o extrema, o peor aún, en forma ideológica. Todo el panorama mundial es en nuestro tiempo altamente provisorio y cambiante. Este ensayo ha procurado más bien, *pensar la categoría “nuevo orden mundial” desde una perspectiva viviente y espacial* que permita reinterpretar algunos fenómenos de poder ínsitos en la *globalización* de la tecnoestructura (a la que todavía se sigue llamando capitalismo, aunque el término resulta en muchos sentidos anacrónico).

Este trabajo participa de una idea básica: la euforia de que un orden mundial nuevo, rápido y estable, surgiría del colapso de la URSS como superpotencia y de la Guerra del Golfo no es sólida ni se hace cargo de algunas corrientes de fondo de la época en la que vivimos. Lo nuevo –en materia de relaciones mundiales de fuerza– recién comienza a expresarse y su proceso de ordenamiento y consolidación no será ni rápido ni automático. Las gigantescas fuerzas que está liberando este proceso, no sólo en América, si no en Rusia, Japón, Alemania y Europa, no son de las que admitan optimismos fáciles.

Esta perspectiva comienza a ser percibida por los analistas más lúcidos. En sus artículos de diciembre de 1991<sup>10</sup>, Henry Kissinger, en tanto estima que “con el colapso del mundo de la dos potencias, las relaciones internacionales se han convertido en verdaderamente globales”, reconoce que el proceso al que se ha denominado nuevo orden mundial “necesitará décadas antes de producir respuestas”. La agenda de los temas que el “gobierno” del mundo debe resolver, para Kissinger, son “el medio ambiente, las comunicaciones instantáneas, la interdependencia económica, la sobrepoblación mundial, la proliferación nuclear. La regulación planetaria de estos temas es el gran desafío”.

Es que, como bien decía Nerva Bordas de Rojas Paz al abordar la cuestión, es necesario pensar el orden más como “fuerza constitutiva hacia el orden” que como un hecho ya determinado. Esa “fuerza constitutiva” permite valorar ese

juego de soberanía que demanda voluntades de poder. Voluntades de poder que al intentar *limitar el desorden lo terminan constituyendo*.

En este aspecto, cabe destacar esta incipiente voluntad política que ciertos líderes y estamentos de la Argentina están manifestando con relación al “nuevo orden”. Esta actitud de participar en el ordenamiento en curso expresa, en realidad, una voluntad de ser –de alguna manera– fuerza constitutiva de esta gigantesca novedad, todavía en despliegue. Por ello mismo parece necesario reconocer que el continentalismo americano encierra y expresa una voluntad de poder que no debería pasar desapercibida para las nuevas generaciones. Se trata de conformar, en países agobiados por décadas de fracasos e injusticias, nuevos juegos de soberanía, más grandes y poderosos que los conocidos, donde la cultura de la dignidad humana pueda ser reconstruida desde bases nuevas. Debo reconocer que es un desafío que tiene dificultades enormes, pero también atractivos muy grandes.

Lo cierto es que América, al cumplirse 500 años de su descubrimiento, está encontrando fuerzas –en medio de debilidades notorias– para buscar caminos de integración, de cooperación, de entendimiento, tanto en el nivel regional como en el continental. Son fuerzas que parecen expresar –aunque sea tímidamente– una reconstitución de voluntades americanistas. Hemos comenzado lentamente a converger sobre nosotros mismos. Como diría Teilhard y, desde el fondo de esta voluntad continental, miles de voces olvidadas –de poetas, políticos, artistas y pensadores– parecen unirse para instarnos a la consumación de este “amor americano”. Ese mismo amor americano que Pablo Neruda, poniendo término a una saga trágica, creyó vislumbrar frente a los relojes dormidos de las alturas de Machu Pichu, como expresión de la voluntad de un gran destino común.

## Notas

<sup>1</sup> F. Nietzsche, *La Voluntad de Poder*, Edaf, Madrid, 1971.

<sup>2</sup> Juan D. Perón, *Modelo Argentino para el Proyecto Nacional*, Realidad Política, Buenos Aires, 1986.

<sup>3</sup> Juan D. Perón, *Mensaje a la IV Conferencia de Países No Alineados*, Bs. As., 1973.

<sup>4</sup> F. Nietzsche, *op. cit.*

<sup>5</sup> George Sabine, *Historia de la teoría política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

<sup>6</sup> George Sabine, *op. cit.*

<sup>7</sup> Manuel Medina, *La Comunidad Europea y sus principios constitucionales*, Tecnos, Madrid, 1974.

<sup>8</sup> F. Nietzsche, *La Voluntad de Poder*, *op. cit.*

<sup>9</sup> Teilhard de Chardín, *El Porvenir del Hombre*, Taurus, Madrid.

<sup>10</sup> Henry Kissinger, "Un mundo más global", reproducido en Clarín, Bs. As., 3/12/91.